

Selección de Quevedo, Francisco de, *El parnaso español, monte en dos cumbres dividido con las nueve musas castellanas, donde se contienen poesías de Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la orden de Santiago, I señor de la villa de la torre de Ivan Abad: que con Adorno, i Censura, ilustradas, i corregidas, salen ahora de la librería de Don Joseph Antonio González de Salas, caballero de la orden de calatraba, y señor de la antigua casa de los González de Vadiella.* Madrid, Diego Díaz de la Cabrera, 1608.

[Amante agradecido a las lisonjas mentirosas de un sueño]  
¡Ay Floralba! Soñé que te... ¿Dirélo?  
Sí, pues que sueño fue, que te gozaba;  
¿Y quién sino un amante que soñaba,  
Juntara tanto infierno a tanto cielo?

Mis llamas con tu nieve y con tu hielo,  
Cual suele opuestas flechas de su aljaba,  
Mezclaba Amor, y honesto las mezclaba,  
Como mi adoración en su desvelo.

Y dije: “Quiera Amor, quiera mi suerte,  
Que nunca duerma yo, si estoy despierto,  
Y que si duermo, que jamás despierte”

Mas desperté del dulce desconcierto,  
Y vi que estuve vivo con la muerte,  
Y vi que con la vida estaba muerto.  
\*\*\*

Cerrar podrá mis ojos la postrera  
Sombra que me llevare el blanco día,  
Y podrá desatar esta alma mía  
Hora, a su afán ansioso lisonjera;

Mas no de esotra parte en la ribera  
Dejará la memoria, en donde ardía:  
Nadar sabe mi llama el agua fría,  
Y perder el respeto a ley severa.

Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,  
Venas, que humor a tanto fuego han dado,  
Medulas, que han gloriosamente ardido.

Su cuerpo dejará, no su cuidado;  
Serán ceniza, más tendrá sentido;  
Polvo serán, mas polvo enamorado  
\*

[El sueño]

¿Con qué culpa tan grave,  
Sueño blando y suave  
Pude en largo destierro merecerte  
Que se aparte de mí tu olvido manso?

Pues no te busco yo por ser descanso,  
Sino por muda imagen de la muerte.  
Cuidados veladores  
Hacen inobedientes mis dos ojos  
A la ley de las horas:  
No han podido vencer a mis dolores  
Las noches, ni dar paz a mis enojos.  
Madrugan más en mí, que en las Auroras  
Lágrimas a este llano,  
Que amanece a mi mal siempre temprano;  
Y tanto, que persuade la tristeza  
A mis dos ojos, que nacieron antes  
Para llorar que para verte, Sueño.  
De sosiego los tienes ignorantes  
De tal manera que al morir el día  
Con luz enferma, vi que permitía  
El Sol que le mirasen en Poniente.  
Con pies torpes, al punto, ciega y fría,  
Cayó de las estrellas blandamente  
La noche, tras las pardas sombras mudas  
Que el sueño persuadieron a la gente.  
Escondieron las galas a los prados,  
Y quedaron desnudas  
Estas laderas, y sus peñas solas  
Duermen ya entre tus montes recostados.  
Los mares y las olas  
Si con algún acento  
Ofenden las orejas,  
Es que entre sueños dan al cielo quejas.  
Del yerto lecho y duro acogimiento  
Que blandos hallan en los cerros duros,  
Los arroyuelos puros  
Se adormecen al son del llanto mío,  
Y, a su modo, también se duerme el río.  
Con sosiego agradable  
Se dejan poseer de ti las flores;  
Mudos están los males;  
No hay cuidado que hable:  
Faltan lenguas y voz a los dolores,  
Y en todos los mortales  
Yace la vida envuelta en alto olvido.  
Tan sólo mi gemido  
Pierde el respeto a tu silencio santo:  
Yo tu quietud molesto con mi llanto,  
Y te desacredito  
El nombre de callado con mi grito.  
Dame, cortés mancebo, algún reposo;  
No seas digno del nombre de avariento  
En el más desdichado y firme amante,  
Que lo merece ser por dueño hermoso:  
Débete alguna pausa mi tormento.  
Gózante en las cabañas

Y debajo del cielo  
Los ásperos villanos;  
Hállate en el rigor de los pantanos  
Y encuéntrate en las nieves y en el hielo  
El soldado valiente:  
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,  
Entre mi pensamiento y mi deseo.  
Ya, pues, con dolor creo  
Que eres más riguroso que la tierra,  
Más duro que la roca,  
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,  
Y en ella mi alma por jamás te toca.  
Mira que es gran rigor; dame siquiera  
Lo que de ti desprecia tanto avaro,  
Por el oro en que alegre considera  
Hasta que da la vuelta el tiempo claro;  
Lo que había de dormir en blanco lecho,  
Y da el enamorado a su señor,  
Y a ti se te debía de derecho.  
Dame lo que desprecia de ti ahora,  
Por robar, el ladrón: lo que desecha  
El que envidiosos celos tuvo, y llora.  
Quede en parte mi queja satisfecha:  
Tócame con el cuento de tu vara;  
Oirán siquiera el ruido de tus plumas  
Mis desventuras sumas,  
Que yo no quiero verte cara a cara,  
Ni que hagas más caso  
De mí que hasta pasar por mí de paso;  
O que a tu sombra negra por lo menos,  
Si fueres a otro parte peregrino,  
Se le haga camino  
Por estos ojos de sosiego ajenos.  
Quítame, blando Sueño, este desvelo,  
O de él alguna parte,  
Y te prometo, mientras viere el cielo,  
De desvelarme sólo en celebrarte.

\*

Musa IX

Temblaron los umbrales y las puertas,  
Donde la majestad negra y oscura  
Las frías desangradas sombras muertas  
Oprime en ley desesperada y dura;  
Las tres gargantas al ladrido abiertas,  
Viendo la nueva luz divina y pura,  
Enmudeció Cerbero, y de repente  
Hondos suspiros dio la negra gente.

Gimió debajo de los pies el suelo,  
Desiertos montes de ceniza canos,  
Que no merecen ver ojos del cielo,  
Y en nuestra amarillez ciegan los llanos.

Acrecentaban miedo y desconsuelo  
Los roncos perros, que en los reinos vanos  
Molestan el silencio y los oídos,  
Confundiendo lamentos y ladridos.